

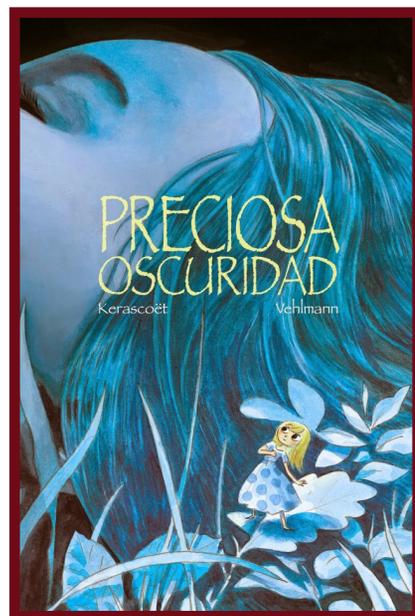
---

# Preciosa Oscuridad

FABIEN VEHLMANN Y KERASCOËT

Spaceman Books, 2015

**A**L final de la célebre intro de *Terciopelo Azul* (David Lynch, 1986), una cámara que nos había mostrado previamente un bonito e hiperreal jardín, con su valla de madera pintada de blanco, sus rosas rojas y su césped más verde que el verdor mismo, termina su paseo acercándose a la hierba, enseñándonosla de cerca. Según se aproxima, podemos apreciar que no es verdor todo lo que reluce, que esa belleza uniforme presenta irregularidades en forma de briznas marchitas, y que a ras de suelo todo parece más oscuro. La cámara no se para ahí, profundiza un poco más hasta revelarnos un repulsivo biosustrato de insectos en frenética actividad, conformando una microscópica textura pútrida oculta bajo la belleza macroscópica de ese jardín hecho de puro sueño americano. Perfecta metáfora-resumen de lo que vamos a presenciar en lo que resta de película.



*Preciosa Oscuridad*, ya no solo como narración gráfica, sino como objeto propiamente dicho, participa de esa condición de “jardín lynchiano”. Si nos aproximamos al libro de manera superficial, mirándolo un poco por encima, dicho volumen podría pasar perfectamente por material de sección infantil. Salvo en páginas muy concretas, veremos unos seres diminutos dibujados en trazo sencillo jugando alegremente, interactuando con animalitos y plantas en un bosque virtuosamente pintado a acuarela en agradables colores. Todo esto se desvanece en cuanto nos aproximamos un poco, en cuanto empezamos a leer el tebeo e interpretamos adecuadamente sus viñetas. De entrada, descubrimos que la niña “dormida” de la portada es realmente un cadáver en descomposición, un ominoso zigurat alrededor del que orbitan las vidas de esa comunidad liliputienese en la que, como veremos, tampoco reinan las buenas intenciones.

Quiso el azar que, mientras Kerascoët<sup>1</sup> y Vehlmann concebían el libro que nos ocupa, a miles de kilómetros de distancia el celeberrimo estudio Ghibli estuviese desarrollando *Arrietty y el Mundo de los Diminutos* (Hiromasa Yonebayashi, 2010), enésima adaptación de la clásica novela infantil *The Borrowers* (1952) escrita por Mary Norton. Es evidente que *Preciosa Oscuridad*, como muchas otras ficciones sobre “gente pequeña que se oculta de los humanos”, bebe de esa novela. A la vez, también queda bastante claro que Kerascoët tiró de imagi-

---

<sup>1</sup> Seudónimo bajo el que opera el tándem artístico formado por Marie Pommeupuy y Sébastien Cosset. Por convención, continuaremos refiriéndonos a ellos en singular.



nería Ghibli para confeccionar el microcosmos campestre de su libro. Ambas circunstancias convierten a estas dos ficciones, dadas a luz casi a la vez, en un sincrónico par de variaciones opuestas sobre el mismo tema. Arrietty y su familia parten de una situación de equilibrio con su entorno: ocultos de los humanos, pero aprovechándose de su techo y sus vituallas; respetando la naturaleza pero protegidos de lo salvaje. En *Preciosa Oscuridad*, Aurora y sus “amiguitos” (recalquemos el entrecomillado) se encuentran en una situación muy diferente: totalmente desorientados en medio del bosque (no parecen saber siquiera de dónde vienen), sin más refugio que ese cadáver que se derrumba al ritmo de la degeneración de

la carne, y manteniendo una relación insostenible con su entorno. Arrietty goza del cariño de su familia y ha sido instruida para sobrevivir en un mundo demasiado grande para su tamaño; Aurora, desde su falta de experiencia pero con mucha buena voluntad, intenta cuidar y organizar a su grupo, pero las reacciones de sus compañeros oscilan entre el falso agradecimiento de pose cínica y el desdén. A Aurora le hubiese gustado saltar al mundo de Arrietty y compartir aventuras con ella, pero se encuentra atrapada en un trasunto de *El Señor de Las Moscas*.

En las producciones Ghibli abundan personajes y situaciones inquietantes, llegando en ocasiones a lo realmente perturbador. Pero casi siempre, los sentimientos de extrañeza y las consiguientes reacciones de agresividad que se manifiestan entre personajes son fruto de la incomprensión hacia el prójimo. El entendimiento de la idiosincrasia de “el otro”, por muy sobrenatural, demoniaco o malvado que aparente ese otro, lleva a la solución del conflicto. En *Preciosa Oscuridad* ese entendimiento no llega a ocurrir nunca, más bien todo va en sentido contrario. Empezamos con un morfológicamente heterogéneo reparto de personajes que parecen vivir en armonía, pero enseguida descubrimos que no es así. Algunas de esas criaturas actúan como bebés descontrolados, cometiendo crueldades sin ser conscientes de ello, mutilando animales y comiéndose a compañeros de menor tamaño. Peor nos lo ponen ciertos individuos como la “princesa” Celia, que, con la falsedad como bandera y apoyada por una turba de palmeros sin personalidad, va quitando de en medio a todo aquel que no baila a su son. Aurora se irá dando cuenta de que sus esfuerzos por encauzar al grupo, de ofrecer ayuda de manera desinteresada, solo le han reportado amigas asesinadas y atentados fallidos contra su persona. En esta ocasión, la arquetípica heroína Ghibli no encuentra manera de pacificar las partes contendientes; llega a un momento en el que solo puede mirar al abismo y este le devuelve la mirada. Llegado un momento, comprende que la única solución es matarlos a todos.

Aunque no se nos proporciona información directa al respecto, intuimos que esta exhibición de atrocidades en miniatura está relacionada de alguna manera con el omnipresente cadáver de la niña humana. Sabemos, por los útiles escolares que lleva encima, que la malograda chiquilla se llamaba Aurora, convirtiéndose así en ominoso doppelgänger de la diminuta

---

protagonista viva. También vemos como otro personaje, el único que continúa refugiándose dentro del cadáver a pesar de la putrefacción, sueña fragmentos de la vida pasada de la niña. Cabe entonces pensar en todas esas personitas desorientadas como emanaciones espectrales de la fallecida, como una fantasmagórica compañía teatral que recrea los últimos ecos emocionales de unos hechos terribles, unos hechos que terminan con el cuerpo de una niña abandonado en el bosque. Condenando a sus enemigos al horno crematorio, la Aurora en miniatura ejecuta una venganza simbólica sobre lo ocurrido con la Aurora tamaño natural. Solo tomando conciencia de la crueldad del mundo, el fantasma de Aurora puede descansar en paz. Tras librarse de sus demonios, a Aurora le espera una vida por delante con su “príncipe”, el ermitaño habitante de la cabaña que desde ese momento ella también llamará hogar. A su manera, alcanza el paraíso “arriettienao” de cobijo, familia y autosuficiencia que al principio de la historia le es negado.

Más allá de Ghibli, existe otra fuerte conexión entre lo japonés y el estilo de Kerascoët en este libro, y es la gran brecha estilística entre el, digamos, mundo natural y el mundo preternatural. El bosque, los humanos y los animales están dibujados con gran detalle y bastante realismo; la gente diminuta, sin embargo, es representada con una extrema simplicidad de trazo, tanto que podríamos encontrar diseños similares en la libreta de algún imaginativo estudiante de primaria (¿en la libreta de la Aurora humana, quizás?). Este recurso basado en la yuxtaposición de varios niveles de abstracción gráfica está ampliamente extendido en el manga, dónde es norma encontrar sofisticadísimos diseños de personajes rematados con una rostro tipo emoji (lo emojis nacieron en Japón, por cierto), o escenas en restaurantes dónde el fotorrealismo de los platos contrasta con la estilización de los comensales. Kerascoët modula este recurso adecuadamente convirtiéndolo en un factor narrativo clave del libro.

En definitiva, podría decirse que, desde su mismísimo título, *Preciosa Oscuridad* establece su esencia en una insólita mezcla de opuestos que surge en todos los frentes posibles. Cuento infantil que va tornando en relato de terror sociológico, uso del concepto de doble fantasmal, inversión posmoderna de referentes culturales, concepción gráfica basada en el choque de niveles de abstracción... Pero quizás el mayor logro de sus autores consista en haber elaborado todo esto sin renunciar a una delicada sutileza expositiva. Tal es la hazaña que, tras una retahíla de cadáveres en descomposición, animalitos descuartizados, gente enterrada viva y ejecuciones sumarísimas vía horno crematorio, al terminar el libro, prevalece un poso de hermosura. Al final, la belleza de las formas se sobrepone a la oscuridad de los hechos.

DAVID RODRÍGUEZ MOSTEIRO

*David Rodríguez Mosteiro (Melide - A Coruña, 1978) es Ingeniero de Telecomunicación por la Universidad de Vigo y se gana la vida como desarrollador de aplicaciones. Bajo la identidad secreta de Intramuros, navega sin descanso por los confines de la cultura pop, registrando sus hallazgos en [intramuros.es](http://intramuros.es) y otros espacios de Internet.*